

ocurrió mejor solución que meternos en la concha, cerrar á piedra y lodo ventanas y puertas, y asustarnos de que la infanta Isabel, consumada *sport woman*, se echase á la calle guiando sus cuatro jacas, para disfrutar de un espectáculo bastante raro en Madrid, y admirar los *bonshommes de neige*, los don Tancredos y demás productos de la inspiración escultórica que infaliblemente determina la nevada.

\* \*

Envuelta en su torbellino blanco, rápida en aparecer como sus antecesoras las brujas, pero ni montada en una escoba ni cayendo por el hueco de la chimenea, nos ha visitado una profetisa, pitonisa ó qué sé yo qué, distinta de las humildes gitanas que empiezan «En el nombre el Pare, el Jijo y el Espíritu Zanto,» porque éstas se conforman con media peseta ó una peseta, y la vidente parisiense no suelta su soflama menos de 150 ó 200. Por lo demás, y tocante á la lucidez y conocimiento del arcano del porvenir..., crean ustedes que debe de estar á igual altura. Superstición más barata ó más cara..., al fin superstición absurda.

¿Por qué dura esto; por qué se perpetúa la creencia en lo que llama la doctrina *sueños, agüeros y rayas de manos*? ¿Por qué, si se han perdido tantas cosas del espíritu tradicional, la brujería subsiste, mantenida por la debilidad de nuestra alma, que necesita de lo maravilloso y de lo inexplicable?

Propio de villanos creía D. Juan Tenorio el miedo á las cosas del otro mundo; y sin embargo, la brillante sibila de París ha venido á Madrid á ejercer entre gente muy alta y muy rica — sus precios lo dicen á voces. — De manera que habremos de convenir, mal que nos pese, en que la educación y sus ponderadas virtudes no redimen del pavor y de la aprensión de lo desconocido, ni de la credulidad sin límites, pronta á adquirir caracteres de terror. — Casi nadie deja de ser como aquel personaje de la opereta *Barba Azul*, que «no creía en esas cosas...», pero le daban mucho miedo. — Y en París, la superstición florece y cunde, invadiéndolo todo, hasta algunos cerebros privilegiados, algunas almas escogidas, como, verbigracia, la de Joris Karl Huysmann, persuadido á pie juntillas de la verdad del satanismo, la magia y otras varias herejías igualmente vitandas y damnables.

\* \*

Me he pasado la vida pidiendo á esos supersticiosos que me enseñen un retrato de Dulcinea, aunque sólo sea tamaño como un grano de trigo; que me den una prueba cualquiera, pero auténtica, de la realidad de sus aprensiones; que me inicien en los misterios eleusinos. Y puedo afirmar que no lo he conseguido nunca. — «Ya que los espíritus acuden, dan golpes, se presentan, hablan, pegan..., á ver, venga aquí un espíritu, venga un duende, óiganse esos porrazos en las lámparas y las ventanas, vaguen por el ambiente esas manos sin cuerpo, encontrémonos en relación con ese mundo misterioso, ó pensaré que todo ello es una «monserga.» — Esto dije á algunos espiritistas, por otra parte personas cultas y que no tenían traza de bromistas ni de mistificadores. De cierto les hubiese complacido infinito poder confundir mi escepticismo con alguna demostración de sus doctrinas y convicciones. El caso es que la demostración se quedó en el bolsillo, y yo sin tener el gusto de trabar relaciones con el mundo astral.

\* \*

¿Y qué más? Hombre como D. Juan Valera abogó mil veces, en sus conversaciones conmigo, por la verdad de la ciencia oculta de Madama Blabatzky, la cual era una dama rusa que decía haber bebido en sus fuentes la sabiduría de ciertos *majatmas* ó videntes de la India, que ejecutaban mil maravillosas transformaciones y trastornaban á su gusto las leyes físicas, practicando á la vez una especie de filosofía mística y extraña, que revestía ciertas afinidades con el hermetismo de los antiguos egipcios y con la *gnosis* de los primeros siglos de la iglesia. Como yo ni hecha pedazos quería convencerme de la verdad de tal ciencia y de tales asombrosos prodigios, don Juan me recordaba aquellas palabras de mi poeta favorito Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía.»

No niego la profunda trascendencia y exactitud de la frase shakespeareana; en teoría admito que existen y hasta que se producen fenómenos que escapan á nuestra comprensión, ya porque no alcanzamos bien sus causas naturales, ya porque pertenecen á la esfe-

ra de lo sobrenatural. Lo único que afirmo se expresaría por medio de un terceto:

Que en este valle y líquida laguna,  
para decir verdad como hombre honrado,  
jamás me sucedió cosa ninguna.

Personalmente no he logrado ponerme en contacto con el extra-mundo; lo cual es sorprendente y hasta unas miasmas humillantes, para quien posee imaginación bastante impresionable, y á poco que se lo proponga, se sugestióna viendo en todo extrañas coincidencias, peregrinos y sutiles lazos que unen el reino de la naturaleza con el del espíritu, y rastros de luz que fosforescen alumbrando momentáneamente el abismo de nuestra ignorancia, y de la ignorancia de los más sabios... Quien escribe novelas y cuentos necesita ante todo de la imaginación, y la imaginación es, como sabemos, la loca de la casa. Pero podría suceder también que este mismo cultivo forzado que hacemos de la imaginación, la encerrase en los límites del papel escrito, y en cierto modo la vacunase contra los extravíos y las exaltaciones á que debe sus sanadas ganancias la adivinadora Madama de Thebes.

\* \*

En Madrid refiérese que hizo esta sibila profecías muy siniestras y anunció mil calamidades y desventuras. Aunque á primera vista parezca que esta profecía es una perogrullada y que juzgando por indicios no se le pueden augurar á España días de gloria, ni aun de tranquilidad, pudiera ocurrir que en este país de los viceversas se equivocase de medio á medio la pitonisa...

Echándose á profetizar á bulto, no es raro que alguna vez se dé en el hito; como echándose á curar, aun sin rudimentos de ciencia médica, se hacen curas, á veces sorprendentes. Se refieren de Madama de Thebes, en su ya larga carrera de candidata al sambenito y la coraza, dos ó tres aciertos bastante felices; pero ¿quién cuenta las veces que descargó el golpe en vago?

Estando yo ha dos años en París, en un almuerzo campestre en honor de Balzac, en su quinta de *Les jardiés*, me presentaron á una señora que desde el primer momento se confesó bruja, ó sea, en lenguaje moderno, «vidente y profesora en *ocultismo*.» Al ver que yo no demostraba mucha fe en tal *videncia*, me afirmó que, para convencerme, dentro de tres días, á tal hora, se me aparecería dondequiera que yo me hallase. — Pregunté si la aparición se verificaría á mi izquierda ó á mi derecha, para estar prevenida. «A la izquierda,» respondió con el mayor aplomo. No necesito añadir, ¿verdad, lector listo?, que á la hora y el día consabidos no vi sino lo que tenía delante — un plato de salmón en salsa verde, — pues la aparición había de sorprenderme en el *restaurant*, sitio nada espantable y hasta prosaico.

Y estas cosas generan un desolador escepticismo. Estas cosas le ponen á uno más seco que una pasa. Destruyen toda ilusión; agostan los jardines de la fantasía... He aquí por qué no me he gastado 200 francos en consultar á Madama de Thebes, que será sobre poco más ó menos como la dama de *Les jardiés*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### CORO DE BRUJAS

La poca nieve que ha caído produjo toda una revolución en las costumbres y en el modo de ser de Madrid. La gente aquí no concibe que se pueda vivir entre nieve. Y que se puede es innegable, y hasta que se vive muy bien, en excelentes condiciones, sin perder bocado de la temporada de invierno, sin interrumpir ninguna distracción ni ningún hábito de los que, entre la gente civilizada, han pasado á ser segunda naturaleza.

\* \*

Aquí ni el calzado, ni la ropa, ni los muebles, ni las habitaciones están en armonía con la nieve. Cuatro copos que caigan, nos echan á pique. — La gente anda por las calles muerta de miedo y aprensión, y pegando cada costalada que tiembla el misterio. Es alarmante el recuento de piernas y brazos rotos. — Los coches se paran; los tranvías renuncian á circular; los cocheros hacen toda clase de hipótesis pesimistas acerca de lo que le sucederá al tronco si enganchan; los panaderos y carboneros se niegan á distribuir el sustento y el calor. ¡Estamos frescos!, pueden decir los moradores de Madrid al ver descender, con la suave gracia característica de este meteoro, el primer copo de nieve...

Países hay donde nieva siete meses del año, y todo está acondicionado para la nieve. La gente se adiestra en patinar desde la niñez. Así, por ejemplo, en Holanda, donde el patinaje no es un *sport*, sino un sistema de comunicación y acarreo. Nunca se va más aprisa en Holanda que cuando se hielan los caminos; pues justamente entonces es cuando la carga se lleva con mayor facilidad, como que el resbale ayuda al transporte allanando y abreviando el camino. Con igual soltura resbalan que andan los holandeses, y con mucha mayor rapidez, pues existen allí patinadores que apuestan á ir aprisa con el tren, y lo consiguen, y aun á veces se lo dejan atrás. Nunca se oye decir que se ha roto un húmero ni que se ha partido un fémur, á causa de la helada. Es asunto de costumbre.

Y sin irnos tanto al Norte, quedándonos en países que están ahí á la vuelta de la esquina — en París he pasado yo invierno viendo nevar todas las mañanas, sin que nadie hiciese caso de la nieve, ni soñase en suspender ningún plan á causa de ella. — Los de infantería se calzaban botas á propósito, *snow boots*, armadas de una especie de cuchillas que aun á los profanos en el patinaje les permiten, cuando menos, evitar el resbalón. Los caballos de los coches llevan herraduras especiales. La villa tiene divinamente organizado el servicio de limpieza y barrido de la nieve, que poderosas mangas de agua precipitan y arrastran sin dejar señal de ella, á no ser una orlita blanca donde la acera se junta con el arroyo, y muchos finos encajes tendidos en los techos y desgarrados en las secas rojizas ramas de los árboles.

\* \*

Pero, lo repito: á nosotros nos cogió la nevada como á casa pobre llegada de huéspedes. No se nos